

PASO DE LOS VIENTOS

ANTONIO BENÍTEZ-ROJO

Afuera el viejo vuelve a golpear la campana... tres... cuatro... cinco... seis veces. Ahora descansa; descansará por la duración de tres padrenuestros y entonces enpezará de nuevo a pegarle a la campana. Ayer, cuando llegaste en la mula a inspeccionar la iglesia, el viejo ya estaba allí, sentado en una piedra y con el mazo entre las piernas. La campana colgaba como un fruto de bronce de la rama más baja de la ceiba, y te preguntaste si su sonido sería lo suficientemente alto para ser escuchado en los ranchos de ganado. Es una vieja campana de ingenio, sin badajo, quién sabe cómo vino a parar a este extraño pueblo de contrabandistas donde el aire no huele a melaza sino a mierda de vaca, a carroña y a cueros curtidos al sol. El viejo también tiene un aire raro. Carece de dientes y masca tabaco con sus encías. Es sordo como una tapia. Cuando le preguntaste su nombre, se puso de pie y empezó a pegarle a la campana. Te han dicho que será tu esclavo, pero aquí esclavo no significa lo mismo que al otro lado de la isla. Lo que el alcalde quiso decir ayer es que el viejo será tu criado mientras dure tu ministerio en el pueblo. Bien mirado, aquí no hay esclavos. O si los hay, son tratados como miembros honorarios de la familia.

Decides pegar el ojo al agujero de la polvorienta cortina que, a manera de puerta, separa el estrecho local de la sacristía del espacio público de la iglesia. A pesar de los repetidos mazazos del viaje, nadie ha lle-



Lorenzo Mena. *Serie Carnaval.*

gado todavía, ni siquiera los hijos del alcalde que te han de ayudar en la misa. El polvo de la cortina te hace estornudar. Habrá que decirle al viejo que la descuelgue y que la sacuda afuera; también, que barra las tablas del piso y quite las telarañas de los rincones. Te sientas a esperar. Ya se acerca el mediodía y la gente no debe tardar mucho. Miras la casulla de seda roja, regalo del arzobispo, que cuelga orgullosamente de la percha. Ha cobrado de pronto la apariencia de un suntuoso disfraz; parece escapada de un carnaval veneciano, sólo le falta la máscara, aunque ésta resultaría innecesaria, ¿no llevas siempre una puesta? En todo caso, la casulla italiana se ve tan fuera de lugar que decides no ponértela. Dirás la misa en sotana. Además, ya se empieza a sentir el calor.

Ahí va el negro viejo de nuevo con sus seis campanazos; las fuerzas no le alcanzan para más, o tal vez sí, tal vez es la costumbre del lugar: seis campanazos, tres padrenuestros, seis campanazos y así hasta que llegue la gente. ¿Cuántos vendrán? No hay que hacerse ilusiones. Aquí tu presencia resulta ambigua. De una parte te dan la bienvenida porque quieren matrimonios y bautizos, y de la otra sospechan de ti. Se diría que saben a lo que has venido. Fue un error viajar en barco, sobre todo en el bergantín del arzobispo. Si hubieras atravesado las montañas en borrico, tu llegada habría parecido menos oficial. Te tratan con cortesía pero todos te esquivan. Se han limi-

tado a prestarte al viejo y a la mula. Por lo demás, no te tan facilitado nada, ni siquiera el servicio de un sacristán. Ayer tú mismo has tenido que limpiar con ceniza y vinagre la mala plata del cáliz, la patena y la custodia; meter resina de copal en el incensario y llenar la pileta de piedra con agua bendita; recortar panes de casabe hasta hacer cinco docenas de ostias; sacudir prolijamente, nada menos que del altar y del crucifijo, el polvo acumulado en los siete meses que lleva muerto tu predecesor. Sin embargo, la pintura de la Madona, un pésimo lienzo portugués (la cabeza del Niño parece una aceituna sonriente), está bien atendida: flores frescas, velas encendidas, exvotos de oro prendidos con alfileres a los bordes de la tela, y monedas de plata en la caja de donativos. Su culto se percibe vivo y sincero. La mujer que te aloja, la hermana del difunto párroco, le llama la Virgen de las Buenas Esperanzas: un nombre más para añadir al catálogo de las dudosas patronas a quienes se les rinde culto en el Nuevo Mundo. Aquí, a diferencia de Europa, cada pueblo tiene su Virgen de la misma manera que tiene su propia interpretación del cristianismo. El culto de la Virgen María: el mayor éxito de Roma desde la época de las Cruzadas; la mayor defensa contra el ascetismo de Calvino y el pragmatismo de Lutero. Pero hay que reconocer que, a pesar de Miguel Ángel, las Madonas han corrido mucha mejor suerte que las Pietás. Es natural: la Pietá representa el amor filial de un sólo lado, el de la muerte; la Madona, en cambio, es un símbolo de vida que incluye a todos los amores; además, la Madona es el principio, el origen, el centro. Y de repente, al mirar de nuevo por el agujero de la cortina, te asalta desde el recuerdo la odiada figura de tu padre, tu padre con cara de circunstancias y vistiendo su uniforme de capitán de los tercios de Flandes, tu padre poniendo su pesada mano sobre tu cabeza de doce años: Hijo, de rodillas, tu madre acaba de morir. El Señor la ha llamado para premiarla por sus acciones y su alma ya vuela al Cielo, aunque debo reconocer que su conducta tuvo que ser guiada frecuentemente por mis consejos; su apasionada naturaleza sevillana la inclinaba a excusar las debilidades morales que yo veía en los demás. En lo que toca a ti, fue una tolerante Madona que todo te lo perdonó. Para ella siempre fuiste el tierno infante concebido tras muchos años de angustiosa espera, sin considerar que estos tiempos ya no son los de regocijarse ante el misterio de la Natividad sino los de acabar con los herejes que conspiran contra la Santa Iglesia de Roma. Hijo mío, la Virgen no necesita más infantes en sus brazos; es la

hora de morir por Cristo, y Cristo necesita soldados. En cuanto tengas la edad, yo mismo te enrolaré en mi escuadrón. Mientras tanto, aprenderás a cabalgar y a usar la lanza.

Pero muchas cosas habrían de ocurrir antes de que, enfermo y desheredado, tu padre te llevara en la ancha grupa de su caballo y te empujara adentro del portón no ya de su cuartel sino del seminario jesuita de San Omer, un viaje monasterio al que sólo le faltaba el puente levadizo para ser alguno de aquellos ruinosos castillos del Escalda, anteriores al dominio de los condes de Flandes. En los alrededores: malos caminos, bosque cerrado, niebla. Adentro: piedras porosas, rezumantes, labradas de verde por las goteras, los interminables inviernos llenos de toses y flemas, de emplastos de mostaza y lúgubres letanías y rosarios, el agua bendita helada en la pila, en la basílica el irisado halo que el aire húmedo creaba en torno a las velas, haciendo de la misa una ceremonia fantasmal, de casullas desvaídas y pompas cenicientas, propias de catacumbas, y luego, en el refectorio, la monótona lectura de la vida de algún mártir, por lo general un niño romano arrojado al circo, sobre la mesa la sopa de nabos o de avena, humeando sobre el plato desportillado en el cual un hermano lego dejaría caer un pedazo de arenque, oh aquel pan apelmazado y agrio, aquellas coles que olían a teología, y en los rincones las sombras y cuchicheos que ocultaban siempre los asuntos de los jesuitas. No, no son buenos recuerdos. Poco se perdería si los olvidaras.

Ya entran los hijos del alcalde vestidos de monaguillo. Son mellizos y mulatos como su padre. El sayo les queda un palmo sobre los tobillos; deben tener doce años, la edad donde uno empieza a hacerse la paja. Entreabres la cortina y les dices que vayan afuera, que te avisen cuando vean a la gente subir la loma. Ves en sus rostros una mezcla de respeto y temor. Ni siquiera se han atrevido a dirigirte la palabra; se han limitado a asentir con la cabeza, y se han ido caminando de puntillas y con los brazos cruzados sobre el pecho, los muy hipócritas, como si no supieras las porquerías que hacen por la noche con las terneras y las marranas, porquerías que, desgraciadamente, no callarán cuando te encuentren del otro lado del confesionario. Bien sabes lo que entonces pensarán: lo mismo que tú pensabas; pensarán que sus pecados son tan abominables que van a escandalizar al confesor. Al menos eso creías en el seminario cuando te arrodillaste para hacer la confesión. ¿Cómo susurrarle por la rejilla del confesiona-

rio a aquel irlandés enjuto y tembloroso de celo apostólico, de quien se aseguraba que dormía sobre un colchón de guijarros, que tu padre te había sorprendido no hacía mucho metiéndole la pija a la marrana que había comprado para celebrar la Navidad? Y nada menos que a una marrana, aullaba tu padre, animal del que se valen con frecuencia los demonios, sobre todo los súcubos, para hacerse presente en sus inmundas fiestas de los sábados. ¿Te das cuenta, tunante desgraciado, que es muy posible que hayas hecho trato carnal con un súcubo? ¿Te das cuenta, granuja asqueroso, del tamaño pecado que acabas de cometer? ¡De rodillas! ¡Póstrate de rodillas y arrepíentete en el acto con todas tus fuerzas! ¡A ver, Frasquita, ve por mi espada, tráeme la espada para quebrarle el lomo a este canalla, que le voy a sacar a cintarazos los diablos del cuerpo!

Pero la vieja hoja de la espada de tu padre, preciado regalo del duque de Parma, no caería de plano sobre tus hombros, pues un cintarazo derribaría la alta toca de cocinera que usaba Frasquita y el otro tundiría inofensivamente las espesas faldas de doña Pilar, tu joven madrastra aragonesa, quienes resueltamente te habían protegido con sus cuerpos, abrazándote y echándose encima de ti, sin darle a tu padre otra salida que salir al traspatio y arremeter contra la marrana, y entonces te levantaste del suelo y tu miedo se coloreó de risa, pues de repente el traspatio se había convertido en un ruedo de feria donde tu padre, demasiado enfurecido para atinar con sus golpes, perseguía a saltos a la espantada marrana de un extremo a otro de la valla, haciendo molinetes con la espada, dando tajos y estocadas al vacío, hasta que finalmente una oreja ensangrentada voló por el aire y un pedazo de hocico fue a dar en el cuello de doña Pilar y un reguero de tripas y sangre marcó en la hierba pajiza la ruidosa agonía del animal, que fue acabado macabramente junto a la artesa en que Frasquita le echaba los restos de comida, y entonces se hizo el silencio, cesaron tus nerviosas carcajadas y los gritos de las mujeres, y tu padre, aún resoplando de tanto correr de un lado a otro del traspatio, arrancó un puñado de hierba y se puso a limpiar su acero con lentitud, y una rabia sorda y fría le subió al rostro, empalideciéndole las mejillas y los labios mientras continuaba limpiando la hoja, y de pronto alzó la cabeza, te miró fijo, y murmuró sombríamente: *Ojalá no fueras mi hijo. Soldado ya no habrás de ser; serás cura para que reflexiones bien sobre tus repugnantes pecados. La semana que viene te llevaré al seminario.*

Pero toda aquella escena de tu padre y la marrana, que retorciéndote las manos decidiste contarle al jesuita irlandés y que hoy te hace sonreír, no fue más que el *introitus* a una verdadera Noche de Walpurgis, sólo que las brujas, en vez de darse cita con los demonios en las Montañas de Harz, habían preferido ese año volar sobre sus escobas hasta San Omer para descender en el tejado de la casa de tu padre y decirte al oído, mientras pedías perdón a Dios por tu horrible pecado, que después de todo tirarse a una marrana no era cosa grave, y no podía ser tan grave, digamos, como quitarle la vida a un semejante o robar de los bienes ajenos o comer carne en los días de ayuno, y en cualquier caso la culpa principal la tenía el jardinero, que había atrapado a la marrana en un rincón de la valla y te había ofrecido una explícita demostración, y tú sólo querías probar cómo era la cosa y la cosa era estupenda, y mira que decir que un súcubo se había metido dentro de la pobre marrana, porque de meterse dentro de alguien de la casa lo haría dentro de Frasquita, que se deja pellizcar las nalgas por el jardinero, incluso dentro de doña Pilar, que cuando da de mamar al pequeño Juanito se abre todo el corpiño y se saca las dos tetas, y lo que sucede es que tu padre te odia, te odia desde que tienes uso de razón, te odia porque tu madre te quería más a ti que él, te odia porque no te pareces en nada a él, y ahora te odia más porque tiene al pequeño Juanito, y todo se le vuelve decir que Juanito tiene su misma nariz, que tiene el mismo lunar que él tiene junto al ombligo, y a ti te hala las orejas y te da de pescozones por cualquier cosa que hagas, que para él todo lo que haces está mal, y si te dirige la palabra es siempre lo mismo, que si la Santa Iglesia de Roma esto y lo otro, que si el Santo Padre dice y no dice, que si Jesucristo hizo y no hizo, y que si Dios y el Señor y el Altísimo y el Creador y el Espíritu Santo y la Santísima Trinidad, que todo se le vuelve hablar como si en vez de capitán fuera evangelista, aunque más vale que te vayas acostumbrando, que la semana que viene te irás al seminario y allí seguro se habla igual, con lo bueno que hubiera sido ser soldado de caballería, y te hubieras pasado el tiempo en las tabernas, bebiendo vino hasta por los codos, jugando a la baraja y tirándote a las labriegas, a las lecheras, a las cocineras, a las lavanderas, a las putas que siguen a la tropa cuando va de campaña, y eso harías hasta cansarte, hasta cansarte y hasta casarte, porque si no fueras al seminario podrías tener novia y casarte, y entonces estarías tirándote a tu mujer toda la vida, sí señor, con lo bueno que ha de ser, toda la

vida que nunca tendrás. Y lo mejor que podías hacer ahora era forrajear algo en la cocina, que tu padre ya se habría dormido y Frasquita te daría algo de comer, quizá un ala de pollo, un pedazo de queso, una lonja de jamón, en fin, algo, pero aquel algo, todavía sin sabor preciso, fue cobrando forma en la medida en que descendías la escalera, olfateando como perro perdido el olor noble y apetitoso a carne en el asador, y con la boca hecha agua, salvaste de un salto los últimos peldaños adivinando que Frasquita, a quien tu padre había enviado a la carnicería para vender los despojos de la marrana, se había hecho la olvidadiza con algún buen pedazo de lomo dejándolo en el fondo de la carretilla para luego regalarse a solas, que no era la primera vez que la sorprendías, sólo que aquella noche tu complicidad gastronómica dio un inesperado giro, pues una vez devoradas y roídas las costillas de la lasciva marrana, tus dedos pringosos se alzaron y cayeron de golpe sobre el corpiño de Frasquita, quien los dejó permanecer allí mientras se ocupaba en chupar el tuétano de los huesos, y entonces, de repente, con un rápido movimiento de manos y hombros, Frasquita largó el corpiño como un trapo por sobre su cabeza y continuó chupando huesos como si tal cosa, golosamente y haciendo ruido con los labios, uno de sus largos pechos asomando a medias por el desgarrón de la camisa, sucia y maloliente de tantas resudadas junto al asador, y siguió sorbiendo tuétanos cuando tú te aplicaste a lamer y a mamar, y cuando terminó con los huesos comenzó a gruñir como la marrana, y te tomó de las manos y te llevó a un rincón, y gruñendo suavemente te desabrochó la braqueta y te miró, te sopesó, te palpó, te sobó, te manoseó, y te engrasó la verga con la manteca tibia que chorreaba del asador, y entonces se arremangó las faldas, se puso en cuatro patas y empezó a hociquear como la marrana, y un vaho rancio y dulzón le subía de entre las nalgas, pero allá fuiste tú y enseguida ella empezó a menearse y a dar ronquidos, y todavía se meneaba y se hacía la marrana cuando tu padre y doña Pilar se aparecieron en la cocina. Y claro, en las dos horas que siguieron padeciste todos los tormentos de la Inquisición, y poco faltó para que tu padre te capara con el cuchillo de trinchar, por suerte le avisaron del cuartel que habían capturado a dos espías holandeses y que se esperaba por él para juzgarlos y ahorcarlos al amanecer.

Pensándolo bien, a pesar de la soberana paliza que recibiste en la cocina, esa noche saliste bien parado, y no sólo eso, ahora, mientras esperas impaciente a tus

nuevos feligreses, a quienes has de amenazar nada menos que con la excomunión si no obedecen las órdenes que traes, te das cuenta que aquel lejano día de San Omer marcó para siempre tu vida, te hizo ser lo que eres, un cura hipócrita y descreído, un oportunista que sólo busca medrar a costa de la fe de los demás. Tal vez, si tus experiencias se hubieran limitado a probar las pueras carnes de una marrana y las de una pobre y estúpida criada, incapaz de sujetar sus deseos más primitivos, tu vida habría sido más sincera, menos desesperada, pero no habría de ser así: estaba dispuesto que en aquel día se te revelaran los misterios de la carne en toda su gama: el amor bestial, el amor vulgar, y el amor sublime. Ido ya tu padre con gran revuelo de armas y caballos, una inesperada doña Pilar, en camisa de dormir y con un candil en la mano, abrió el cerrojo de la puerta de tu cuarto y, sin pronunciar palabra, sopló la llama de la vela y se puso a mimarte y a besarte los chichones y verdugones que lucías de pies a cabeza. Lleno de compasión por ti mismo, empezaste a llorar mientras ella se acostaba a tu lado y te arrebujaba entre sus senos. Y entonces, con el mismo tono bajo y tibio con que te hablaba tu madre, la escuchaste decir que ya tenías quince años y que era hora de que aprendieras a hacer las cosas como Dios mandaba. Y poco más tarde, cuando mirabas por la ventana las lentas luces de las pinazas que se dejaban llevar por la corriente del río, intentando no mirar las sábanas llenas de luna y desolación que había dejado el cuerpo de tu madrastra, juraste que nunca jamás le contarías a confesor alguno lo ocurrido entre ella y tú en aquella noche encantada. Y ese juramento, para bien o para mal, lo has cumplido hasta hoy.

Pero ahí te avisan los hijos del alcalde. Te das cuentas, que hace rato que estás oyendo sus voces sin oírlas, como quien oye llover. Piden permiso para entrar en la sacristía y, cuando se lo concedes, tropiezan al pasar por entre la cortina. Ahora te miran sin saber qué hacer. Están nerviosos. Deben de haber olvidado el ritual de los domingos. Después de siete meses sin haber ayudado a misa, no hay muchacho que pueda recordar las palabras en latín memorizadas al modo de las cotorras. ¿Por qué la misa ha de ser dicha en latín, idioma que sólo entienden las gentes educadas? ¿No sería más natural que se dijera usando las palabras que hablan y comprenden los que asisten a ella? Y ahora el más atrevido de los hermanos te pide tartamudeando eslabón y pedernal para encender el incensario. Mientras le indicas una de las gavetas

del desvencijado armario, el otro hermano descuelga la casulla y te la ofrece sujetándola cuidadosamente por las costuras de los hombros, como si la fuera a colgar en una tendedera. Reconoces en sus ojos el brillo de la admiración; jamás ha visto prenda tan fastuosa. ¿Y por qué no halagar tu vanidad una vez más? Extiendes los brazos para que te la ponga y te das la vuelta para que ambos te admiren. Sus rostros boquiabiertos son el mejor espejo que puedas tener. Brillarás como un collar de rubiés en una pila de estiércol, como una corona de emperador sobre el altar de esta miserable iglesia llena de arañas y cucarachas, apenas cuatro paredes de adobe y un techo de pencas de guano, el púlpito una basta tarima de tablas que parece más cadalso que otra cosa. Por suerte tu visita no será prolongada. A lo más dos o tres meses, hasta que lleguen los soldados a pegarle fuego al pueblo. Eso te dijo el arzobispo. Pero ya es hora de que salgas. Si te demoras más de lo prudente, es muy probable que pierdas una parte sustancial de fieles. Con premura, sacas el pañuelo y te secas el sudor de la frente y la nariz; entonces estiras los pliegues de la casulla, abres la cortina y te enfrentas gloriosamente a las ovejas de tu nuevo rebaño.

Allí están: negros, blancos, mulatos, mestizos, zambos, todos los colores imaginables revueltos como las carnes y vegetales de una olla podrida, de un ajíaco, como dicen en estas islas. De momento no puedes establecer diferencias entre amos, criados y esclavos. Ves a blancos sirviendo a mulatos y a negros, cargando sus bancos y sillas y escabeles y reclinatorios y cojines y estereras de paja para arrodillarse, y todo tan natural, como si el color de la piel careciera allí de autoridad alguna; ves a zambos y a negros sirviendo a mestizos, y a mestizos sirviendo a negros y a blancos, y claro que en Puerto Plata ya habías visto esa mezcla de blancos y castas, pero allá, en un final, un blanco jamás hubiera sido criado de alguien que no fuera blanco. Pero Puerto Plata estaba mucho más cerca de Santo Domingo que este remoto lugar; Puerto Plata estaba mucho más cerca del Capitán General y de la Inquisición, y por eso ya no existe; estaba mucho más cerca de los tesoreros y veedores y factores y oidores y alguaciles y verdugos y soldados y comerciantes y prestamistas y negreros y escribanos y obispos y arzobispos y priores y chantres, la crema y nata de la mismísima mierda, la mierda del Nuevo Mundo, la mierda colonial, la peor de todas las mierdas porque es la única que no tiene conciencia de sí, la única que no se huele a sí misma.

Los humos del incensario te devuelven al presente. Mientras Puerto Plata desaparece entre patíbulos y llamas en algún rincón de tu conciencia, tu cara empieza a llenar la máscara de todos los días. Uno de los mellizos te tira de la casulla. Adelante con la misa.

Subes parsimoniosamente los peligrosos peldaños del púlpito. Ascienes sin mirar donde pones los pies, como si tu piedad te hiciera levitar. Al fin llegas a la tarima, abres los brazos, dices lo que siempre dices cuando llegas a una nueva iglesia; dices que antes de comenzar la misa se rezarán tres misterios de rosario, o lo que es igual, treinta avemarías y tres padrenuestros que te han de dar tiempo de sobra para observar con detenimiento cada uno de los rostros de la concurrencia. De pronto, un tanto inexplicablemente, mientras los rosarios se desgranaban en entusiastas avemarías, piensas que te gustaría conocer sus nombres y sus pequeñas historias familiares. Hubo un tiempo, años atrás, en que hubieras deseado conocer también sus pecados, por ejemplo, la vida secreta de esa mujer rubia y descotada, de tetas nada desdeñables, que mira con arrobamiento a ese negro de piel lustrosa y pañuelo rojo anudado a la cabeza, o bien la vida íntima de ese enano pelirrojo con aires de gran señor, a quien todos saludan con estima, vestido de damasco y seguido fielmente por un pequeño harén de tres sudorosas mulatas, sus pasas ocultas bajo tocas almidonadas vendidas de contrabando por algún mercader de Rotterdam, sí, ¿quién será ese sultán enano, bufón ufano, quién será, te confiará alguna vez sus pecados en confesión? Ojalá que no. Ojalá que se guarde sus pecados como tú te guardas los tuyos. Ya no puedes comer más pecados. Te has hartado de tantos crímenes, de tantos asesinatos, traiciones, adulterios, masturbaciones, hurtos, incestos, abortos, mariconadas, coitos contra natura, impiedades, herejías y sacrilegios, que ya no puedes más, simple y llanamente ya no puedes más; estás tan enfermo de tragar pecados, que cada vez que miras a alguien le cuelgas la etiqueta de pícaro o de criminal, de cornudo o de bujarrón. ¿Por qué no pensar que el enano pelirrojo es simplemente un enano pelirrojo, y que las tres mulatas son sus primas o medias hermanas? Pero lo peor no es eso; lo peor es que no acabas de admitir que eres igual a ellos. Y pensándolo bien, eres peor que ellos porque, viendo a Cristo como un ejemplo inimitable, siempre has dudado de la legitimidad de la Iglesia, y sin embargo, vives de ella y para ella. Ni siquiera has tenido el valor de abandonar los hábitos y ser un pecador público más, uno de tantos. Ciertamente, tuviste

oportunidad de hacerlo, claro que la tuviste muchas voces, y la primera fue en el seminario de San Omer, cuando saltaste los muros y te pasaste la noche con los gitanos que habían acampado junto al bosque. Y ahora, en el recuerdo, te encuentras de nuevo con tus años mozos, y para distraerte mientras duren los rezos, piensas cómo escribirías lo que recuerdas en el libro que has pensado escribir pero que sabes que no habrás de escribir. Y escribirías exactamente lo que vas viendo en la memoria, y ahora ves lo que una vez viste desde el ventanuco de tu celda de novicio, en realidad una especie de nicho en una de las torres traseras del monasterio. Y ves un huerto de coles, nabos, rábanos y cebollas que se extiende hasta un paredón desnudo. Tras el huerto hay un camino gris, encenagado, en cuya superficie las ruedas de los carros han dejado sinuosos surcos. Y ese triste camino que ahora ves, tuerce hacia la derecha para buscar el terreno firme de una baja colina, y más allá se hunde en un bosque de tilos y olmos. Las copas de los árboles están ralas; las hojas caídas, apelmazadas por las lloviznas de otoño, se confunden con el barro. Y entonces comienzas a escuchar una distante musiquilla de cítaras y panderos que zumba como el vuelo de un aberrojo. Son los gitanos. Ahora los ves en el camino. Los niños y las mujeres van a pie, junto a dos pesados carros con doble tiro de mulas. Los niños chapalean en los charcos, y el agua arcillosa ha dejado en sus piernas desnudas una costra a modo de ceñidas botas de caballería. Las mujeres cantan y bailan al andar; están igualmente descalzas, pero las muchas faldas que llevan impide ver más arriba de sus tobillos. Los hombres van apretujados en los grandes pescantes de los carros; unos sostienen las riendas de las mulas, y otros hacen música. Es verdaderamente hermoso ver bailar a las mujeres. Al descubrir el bosque, han corrido adelante sin dejar de bailar; sus manos morenas, alzadas sobre los corpiños de terciopelo verde, rojo, amarillo, juegan con los extremos de sus mantos de largos flecos o tañen castañuelas. Al llegar junto a la linde del bosque, los carros se apartan del camino para acampar; de su interior salen viejos arrebujados en mantones negros, niños pequeños, perros esmirriados que husmean y levantan la pata junto a los troncos de los árboles; los hombres sacan leña seca, peroles de hierro, fardos de distintos tamaños; las mujeres y los niños, con la cesta al brazo, se adentran en el bosque, seguramente en busca de moras y setas. Una moza de trenzas negras, sin embargo, no ha dejado de cantar y bailar. Sabiéndose observada por ti, ha permanecido en el

camino, y ahora se suelta el cabello, se desmelenan, y bate las palmas de un modo muy sentido, y su talle se ondula, se alarga, se arquea, y la muchacha ríe gozosamente mientras te mira. Y ahora, como ocurre en los sueños, te ves a ti mismo pegado al ventanuco, comiéndote con los ojos a aquella llama de carne insinuante que abrasaba la tarde, que quemaba las puertas del monasterio reduciendo a cenizas los ornamentos sagrados, las plegarias, los graves cantos de órgano. Y esa noche, cuando te fugaste sin que nadie lo advirtiera, cuando oliste bajo los pellejos de oveja el almizcle de la gitana y resbalaste dentro de ella, supiste de firme que no habías nacido para administrar sacramentos; tu sotana y tu tonsura, tus votos y tu rosario, sólo te servirían de disfraz, de máscara de trashumante, de cómico de la legua, de gitano cazarro y palabrero por los caminos de Dios. Y esa noche, al igual que tu noche incestuosa, al igual que muchas otras de tu peregrinaje de treinta años por las iglesias de Europa y del Nuevo Mundo, tampoco se la has contado a nadie; todas esas noches pertenecen a tu vida secreta. Sí, es cierto, tuviste oportunidad de cambiar de una vida a otra y poder decir soy quien soy. Pero tuviste miedo de la excomunión, de ser señalado como hereje, de la existencia de sabandija que todo cura renegado ha de afrontar. Siempre has sido un cobarde, y tu cobardía sólo te ha servido para ser criado incondicional de obispos y arzobispos, de priores e inquisidores. Y lo que aún es peor, después de tus hazañas de Puerto Plata y de las que están por ver aquí, es muy posible que te promuevan a Inquisidor del Santo Oficio en esta isla de mierda, que la plaza está vacante. ¿Qué vas a decir entonces? Si no aceptas se sospechará de ti, y acabarás siendo tú la víctima de otro inquisidor. Claro que vas a aceptar lo que te ofrezca el arzobispo. Has llegado a descender al estado de bestia de tiro, de animal sin cojones, de buey que rumia su pasado de toro mientras tira dócilmente de la carreta. Y mejor te preparas a decir lo que vayas a decir, que ya se acabaron las avemarías. Es tiempo de ponerse la máscara de Jerónimo Savonarola.

Como es de rigor, pronuncias en latín los nombres de las tres personas de Dios. Pero después del gregario amén, al mirar a tus ovejas descarriadas, te reconoces entre ellas. Si hay algún pastor en la iglesia, ciertamente no eres tú. Y ahora te sube al corazón un sentimiento de fraternidad que no recuerdas haber experimentado antes. Fraternidad no es la palabra; fraternidad viene de *frates*, palabra que suele doblarse entre los dientes como una moneda falsa. La palabra verda-

dera es complicidad. Claro, Él ya lo dijo cuando el asunto de la adúltera y las piedras. Entonces, si la lección es que todos somos culpables, ¿por qué vas a apedrear a esta gente, cuyo único delito es venderle cueros de ganado a los holandeses? Para empezar, no dirás la misa en latín sino en español; luego, ya veremos.

Entras en la sacristía chorreando sudor. Te quitas la casulla y la tiras a un rincón. Ya no parece un disfraz; parece un cuero sangrante acabado de arrancar a una vaca. Buscas la tinaja de agua bendita y viertes un poco en la jofaina. Te lavas la cara. Exhausto, te dejas caer en la silla. Te desabotonas la sotana. Cierras los ojos. Darías la vida por fumarte un tabaco, pero los has dejado en el pueblo, en tu arcón. Si no estuvieras tan cansado, tomarías la mula ahora mismo y regresarías a la casa del cura muerto, el padre López. Allí beberías un refresco de piña, fumarías un tabaco y te echarías a dormir la siesta en la hamaca que hay en el traspatio, a la sombra del algarrobo, con un pañuelo en la cara para protegerte de las moscas. Sí, eso harás dentro de un rato, en cuanto descanses. Y mirándolo bien, la casa de López no está del todo mal: el cuartico en el lado de la sombra, la cama con su mosquitero, la almohada de plumón, en la mesa el solomillo de ternera, y sobre el velador nada menos que las vidas del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha y de San Francisco de Asís. La hamaca te recuerda a la que tenías en La Habana, la misma altura, la misma curvatura, tu cuerpo hundido muellemente en la tela de algodón. Se diría que López tenía tu misma talla y tu mismo peso. ¿De qué habrá muerto? Su hermana, que debe andar por los cincuenta, te dijo que él era su hermano menor. Así, López tendría al morir tu misma edad, cuarenta y siete, más o menos. Te preguntas qué pensaría él de tu conducta. El arzobispo te aseguró que protegía a los contrabandistas, pero eso no dice mucho: al norte y al oeste de Santo Domingo, donde está el ganado, todos los curas subsisten gracias al contrabando. Eso no es nada nuevo y, además, tiene por fuerza que ser así: los holandeses pagan por el cuero el doble de lo que se paga en Santo Domingo, y venden su mercancía seis veces más barato. El contrabando de cueros es aquí la economía natural, de la misma manera que la exportación legal del azúcar lo es al otro lado de la isla. Por eso aquí la esclavitud es distinta; no es lo mismo cortar caña en un ingenio que cabalgar por los campos con un lazo en la mano. Pero nada de eso te interesa. Lo que verdaderamente te inquieta es tu situación personal. A fin de cuentas,

López nunca se vio en la disyuntiva en que te encuentras. De un lado, las órdenes del arzobispo y el gobernador, órdenes que has venido a hacer cumplir; del otro, la curiosa solidaridad que de golpe has sentido hacia esta gente. Y no sólo eso. Bastó que se te ocurriera decir la misa en español, cosa que sin duda traerá sus consecuencias, para que hicieras de tu sermón casi una proclama política, tú, nada menos que tú, que siempre te has cuidado de opinar sobre política. Esta vez has ido demasiado lejos. Poco ha faltado para que te sacaran en hombros de la iglesia. Y claro, ahora tienes la impresión de que un ojo vigilante te ha estado observando, que tu comportamiento no ha pasado inadvertido. Quién sabe, a lo mejor un espía del gobernador. Te revuelves en la silla. Ya empiezas a sentir el miedo de siempre, el miedo de que tus pensamientos puedan ser leídos. La sensación de que alguien te observa se hace tan intolerable que abres los ojos: dos cabezas idénticas sobresalen de las cortinas; son los hijos del alcalde. Han guardado silencio porque pensaban que dormías. Sin levantarte de la silla, les indicas que pasen. Ya no te miran con temor: sonríen tontamente, como el Niño aceitunado de la Madona. Les preguntas sus nombres. Dicen llamarse Julio y Esteban, y traen un mensaje de su padre, una invitación a cenar. Después que se ponga el sol, vendrán por ti. El asunto te huele a conspiración. Naturalmente, dices que no. Los niños se van caminando de espaldas, serios, defraudados. Cierras de nuevo los ojos. Sientes un cansancio infinito. Como dice la gente, estás hecho mierda.

Te despiertas empapado en sudor. Tienes hambre y sed, sobre todo sed. Vas a la tinaja de agua bendita y bebes un largo trago. A pesar del calor, el agua está fresca. Sabe increíblemente bien. El viejo la trajo ayer de la fuente del pueblo y la bendiciste en su presencia. Mientras lo hacías, se quitó el sombrero y se puso de rodillas juntando las palmas de las manos, como rezan los niños. No pudiste menos que salpicarle la cabeza y bendecirlo también. El viaje te lo agradeció. No dijo nada, pero te miró a los ojos y movió la cabeza. Quizá quiso decirte que podías contar con él. ¿Dónde habrá nacido, en Africa o aquí? Si lo oyeras hablar, podrías saberlo. Y ahora te das cuenta de que nunca te ha dirigido la palabra. Ni siquiera sabes cómo se llama. Además de sordo, debe ser mudo. Vuelves a beber.

La mula tiene sus años pero te obedece y marcha bien a pesar de ir cuesta abajo. Es una buena mula. Es extraño que ayer no te hayas dado cuenta. Tampoco te

diste cuenta de que a la iglesia se llegaba por dos caminos, uno que corre hacia el oeste, en dirección al pueblo y al mar, y otro que va tierra adentro, hacia los potreros de los hatos. En realidad apenas conoces la geografía de esta parte de la isla. Esta mañana, al sacar la casulla del arcón, viste el mapa que te dio el arzobispo. Lo tendrás que examinar con más detalle. Dicen que desde las montañas del norte se ven las costas de Cuba. Es posible, el Paso de los Vientos mide de ancho sólo quince o dieciséis leguas. Empinas el cuello y miras hacia el horizonte haciendo visera con la mano. Es inútil, tienes el sol de frente y sólo ves el resplandor del mar. Los ojos te duelen y bajas la vista. De momento la mula parece tener cuatro orejas. Parpadeas y ya tus ojos están bien. Piensas que el culto de la Madona tiene que ser muy popular, pues el camino está limpio de hierbas, como si se transitara mucho por él. La tierra es roja y suelta. Debe drenar bien. Es la mejor tierra para el ganado. Las tierras arcillosas se encharcan fácilmente, y al ganado se le pudren las pezuñas. ¿Dónde leíste eso, en Italia, en España? Ya se acercan los techos del pueblo; también se hace fuerte el hedor a carroña y a cuero puesto a secar. Al rato uno se acostumbra, aunque no a las moscas. Jamás has visto tantas moscas juntas.

El camino se ha ensanchado un poco y ahora es la calle del pueblo. La gente se para a verte; se asoma a las ventanas y a las puertas. Te has convertido en un personaje célebre; la última de tus máscaras: cura revolucionario. Quién lo iba a decir. La hermana de López te aguarda bajo el toldo de lona que hay en la entrada de la casa. Se te ha olvidado su nombre, Antonia, Ramona o algo así. A su lado, sentado en el suelo y con la espalda pegada a la pared, ves al viejo; está haciendo un sombrero de paja. En cuanto te ve, se para lo más rápido que puede y se acerca a hacerse cargo de la mula. Mañana no usarás sotana y montarás la mula a horcajadas, algo que en Santo Domingo no podrías hacer.

Al entrar te espera una desagradable sorpresa: toda una delegación, presidida por el alcalde, te ha venido a ver. Uno de sus miembros es el enano pelirrojo, a quien te presentan como el más rico ganadero del lugar: un gigante. Ver para creer. Te han reservado la única silla de la casa, donde seguramente López leía alguno de sus dos libros y ahora cose la buena Antonia o Ramona; los demás asientos son escabeles de cuero. El alcalde abre el fuego y te dice sin preámbulos que quiere saber cuáles son las verdaderas intenciones del gobernador. Todos te miran fijamente. En tu sermón abriste la caja de Pandora, y ahora te acosa-

rán a preguntas. Han empezado por la menos problemática, pero sabes que vendrán otras que, de ser respondidas con franqueza, te comprometerán sin remedio. Esta vez empezarás por el principio, por la orden del gobernador, cosa que por desgracia no hiciste en tu sermón. Respondes que, en obediencia de la cédula real que dispone el cese inmediato del contrabando, las gentes que habitan en las costas del norte y el oeste tienen dos meses para recoger el ganado, meter sus pertenencias en las carretas, y marchar a los pueblos nuevos que se están construyendo en las cercanías de Santo Domingo; cumplido ese plazo, vendrán los soldados y pegarán fuego a todo lo que encuentren; los que no cumplan lo dispuesto, serán excomulgados por el arzobispo y, en atención a sus culpas, serán encarcelados o ahorcados sin distinción de sexo y según la ley civil.

Bien, ya disparaste el primer cañonazo. Contenido de tus palabras, oficial; tono de tu voz, engolado. Y para que no queden dudas, ahora añades algo que te engavetaste en el sermón: que presenciaste la devastación de Puerto Plata y el ahorcamiento de los desobedientes. Y ya está. De estas palabras no te sacarán; las repetirás una y otra vez, hasta que se cansen de escucharlas. Claro, ahora todos guardan silencio. Después de predicarles en la iglesia que estabas de su parte y deseabas ayudarlos en lo que pudieras, otra cosa esperaban de ti. Te duele haberlos decepcionado, ¿pero qué carajo ibas a hacer? Suspiras y miras al alcalde; para desahogar su furia ha empezado a pasearse por la habitación. Miras al enano; se pasa su lengüita rosada por los labios, y piensas que se dispone a hablar. Sentado en el escabel parece una muñeca de pelo ensortijado. Pero sus palabras distan mucho de ser las de una muñeca en el supuesto que éstas hablaran. Sin apenas exaltarse, dice que cuando vengan los puñeteros soldados les va a soltar en estampida sus cuarenta mil cabezas de ganado, y enseguida agrega que la mierda y las tripas que van a dejar en sus potreros harán crecer el pasto. Como si fuera poco, al sentarse de nuevo, el alcalde ha dicho sin siquiera mirarte que a él no hay cura quien lo excomulgue, que el único quien puede hacerlo es el papa. Adivinas la tarde larga y tormentosa.

Hace rato que oyes el canto de los pájaros y el zumbido de las moscas. Abres los ojos: por la fina tela de tu pañuelo de holanda se filtra la claridad del día. Al fin llegó el lunes, piensas. La cabeza te duele tanto que se diría que fueras a parir por ella. Deben ser los

tabacos; cuando te fuiste a la hamaca dejaste cuatro cabos de tabaco en el plato que doña Ramona había puesto junto a tu silla. Bastó que encendieras el primero de ellos para que todos empezaran a fumar. Jamás habías fumado tanto ni habías visto fumar tanto. Hasta el enano don Gervasio, con una tenacidad admirable, redujo a cenizas una tagarnina de un palmo de largo. Te das cuenta que el pañuelo huele a humo; debe ser tu aliento. Te lo quitas y parpadeas. Te incorporas: más allá de la sombra del algarrobo, está doña Ramona regando las plantas. Parece que no te ha visto despertar, y vuelves a acomodar tu dolorida cabeza en la hamaca y a cubrirte la cara. De momento te resistes a pensar. Tu solo deseo es no desear nada, no preocuparte por nada. Allí estás bien, en la vieja hamaca de López. Empiezas a tararear mentalmente un *madrigal* de Palestrina, y de ahí pasas a lo último de Monteverdi que oíste el año pasado, cuando acompañaste al arzobispo a Italia. Y de repente, por entre las notas de *Orfeo*, se escurren las palabras de doña Ramona, quien sin duda te vio despertar: los mellizos, un recado del alcalde, quiere saber si la reunión del jueves puede ser en la iglesia, que va a asistir mucha gente. Sin quitarte el pañuelo dices que sí. ¿Qué vas a decir, si ya anoche cruzaste el Rubicón? O mejor, el Paso de los Vientos, el estrecho de peor fama que hay en el Nuevo Mundo, lo único que uno puede cruzar aquí. De cualquier modo ya estás en la conspiración. Ya eres uno de ellos, no, ya eres uno de nosotros, uno de los de *Fuente Ovejuna*, la obra más democrática de Lope de Vega. Y lo mejor del caso es que tú mismo te pusiste el cartel de cura proscrito. Empezaste con la orden del gobernador, y antes de la cena ya le habías

quitado la razón de plano. Nada, que de tanto escuchar pecados los sesos se te están reblandeciendo. O a lo mejor te estás poniendo viejo y sentimental. Pero no, amigo mío, no eres tan desfachatadamente cínico como te gustaría ser. Eso déjasele al arzobispo. Tu cuero es de mala calidad, pero no está tan endurecido como a veces piensas. De eso te diste cuenta en cuanto llegaste aquí. Eres simplemente un cura cobarde y egoísta que sólo piensa en los términos de yo y mí, estrictamente en primera persona. Sólo que lo de Puerto Plata fue ya demasiado; fue el tiro de gracia que remató tu última máscara: la de asistente de verdugo. Jamás olvidarás lo que te dijo aquella mujer cuando la iban a ahorcar. Sus palabras sólo la oyeron tú y el verdugo:

—Métete la cruz donde te quepa, que eres tan hipócrita como los demás. Vete al carajo y déjame morir tranquila.

Te sientas a almorzar. Doña Ramona te ha servido un plato rebosante de ajiaco. Piensas que la reunión estuvo bien. Duró hasta el amanecer y se sacó a la Madona en procesión. El viejo dio gusto dando campanazos. Luego te regaló un sombrero. Nadie está dispuesto a mudarse cerca de Santo Domingo. Se barajan dos opciones: defender la tierra hasta el final, o cruzar el Paso de los Vientos con los toros que se puedan llevar. Según te han dicho, casi todos tienen parientes en Cuba. Cualquiera que sea la decisión, a ti te da igual. De una manera u otra siempre estarás con ellos y seguirás diciendo la misa en español. El ajiaco sabe cojonudamente bien.